

VI.

DOS MUJERES COMO HAY POCAS.

Lo que Adelina habia dicho respecto á la pomposa salida de Natalia de su casa no podia ser más exacto.

Habia parado á la puerta de aquella modesta vivienda una lujosa berlina : habia subido un lacayo con una carta y la habia entregado á Adelina, que fué quien le recibió, diciendo que era para la señorita Natalia, y que decia así :

«La señorita Amanda de Montalvan suplica á la señorita Natalia Blanford que tenga la bondad de pasarse por su casa, á cuyo objeto le envia su carruaje.»

No bien hubo acabado de leer Natalia, se puso su más lindo vestido de seda, su más graciosa manteleta y su sombrero más nuevo, y bajando la escalera, aturdida, encarnada de placer y casi ahogada de orgullo, entró en la berlina y se sentó pomposamente.

Pronto llegó al término de su viaje, gracias al ardiente trote del soberbio tronco inglés, y Natalia fué conducida á la presencia de Amanda.

Es imposible describir la mirada con que las dos se examinaron : en la ojeada con que Amanda midió á la hermana de Diego habia algo de la perversidad sola-

pada de la hiena : en la mirada que le dirigió Natalia se traslucia algo de la osadía brutal del lobo.

A pesar de esto, Amanda se levantó y salió con aire obsequioso á recibir á su visita, y Natalia adoptó un aire humilde y servicial.

El sueño dorado de toda su vida habia sido el entrar en relaciones con la aristocracia, cosa que, en su precaria posicion social, jamas habia llegado á conseguir : la encantaban las bellas damas que veia pasar en sus carretelas, é imitaba todo lo posible sus modales y sus gestos.

Pero la pobre Natalia no tenía título alguno para que se le abriesen los salones, que algunas veces se abren al verdadero talento : su descoco habitual, su vida ociosa eran otros tantos motivos que se oponian á ello, y así, cuando oia hablar del alto protector de alguna pobre y oscura jóven, se decia :

—¡ Que no encontrase yo otro!

Fácil será, pues, concebir su alegría cuando se halló en presencia de la señorita Amanda y vió el aire obsequioso con que ésta se adelantó á recibirla hasta cerca de la puerta.

—Señorita, dijo Amanda, he querido ver á V. para dos objetos distintos : tome V. asiento y se los diré.

—Ya escucho á V., señorita, respondió Natalia, casi ebria de orgullosa satisfaccion.

—Pues bien, querida mia, perdone V. esta franqueza: el principal objeto es rogar á V. encarecidamente que interceda con su señor hermano para que me sirva de maestro de pintura.

— ¡Oh, señorita! Diego se tendrá por dichoso al verse honrado con la confianza de V.

— ¿De véras?

— Sin duda alguna; pero ¿no era su esposa la persona que habia tomado á su cargo la grata tarea de darle lecciones?

— Sí, respondió Amanda, en cuyo semblante apareció retratada una violenta expresion de ira; pero ayer se negó á continuar viniendo aquí.

— ¡Es posible!

— No sé los motivos que habrá tenido para ello: quizás su mala salud... porque me parece una persona muy delicada.

— No pasa de ser apariencia, repuso Natalia: es tan fuerte de salud como de carácter: jamás la he visto enferma de véras, y pocas veces la he visto contenta.

— ¡Pues si parece un ángel!

— Es una criatura en extremo terca y obstinada.

— No puedo decir nada en favor de la flexibilidad de su carácter, pues por más que le he suplicado, no ha querido seguir prestándome sus conocimientos, que, dicho sea en honor de la verdad, me parecen muy sobresalientes en su arte.

— ¡Psit! hizo Natalia con esa asombrosa insolencia de los necios.

— Ya tiene un buen nombre en París, prosiguió Amanda, y eso que ha pintado muy pocos cuadros.

— Cuatro nada más: mi hermano es autor de muchas más obras: como que ha sido su maestro.

— ¡Ah, ya! ¿conque fué la discípula de su esposo?

— Por eso se conocieron: ella es hija de una familia muy pobre, prosiguió Natalia con ese afán de las personas que han salido de la nada, que tanto ansian detractar á las familias decentes y estimadas: mi hermano le daba lección de balde ó poco ménos: ella se enamoró de él y se casaron.

— ¡Conque fué ella la que se enamoró de él!

— Sí, señora, ella, ella: á él no le gustaba gran cosa, pero por no desairarla.....

— ¡Pues es bastante bonita.

— ¡Psit! volvió á hacer la ex-actriz: ¡tan pequeña, tan delgada! ¡si al ménos tuviera una buena estatura!

Y Natalia, al decir estas palabras, midió su elevada talla y su más que regular corpulencia con una mirada satisfecha y triunfante.

— La de V. es más bella, sin duda, señorita, repuso Amanda con la melosa dulzura de la gata que se prepara á clavar las uñas en la mano que la acaricia: y puesto que ya estamos conformes en lo que toca á mis lecciones, porque yo creo que V. me ha ofrecido decir á su hermano que deseo ser su discípula: ¿no es verdad?

— ¡Oh, con mil amores!

— Pues bien; ahora, que dejamos ese punto terminado, hablaremos de otra cosa que atañe á usted.

— ¿A mí?

— Seguramente: usted ha sido actriz en Madrid: ¿no es cierto?

— Sí, señora, y me vanaglorió de ello; tenía tanto amor al arte, tal entusiasmo por él, que.....

— Basta, basta, estoy convencida de ello: de modo,

que casi creo inútil preguntar á usted si lo volvería á ser de buena gana.

— ¡Oh, eso sería mi bello ideal! y si lo pudiera ser en París, tanto mejor.

— ¿Pero sabe usted bien el frances?

— Ya lo puede V. conocer por la conversacion que seguimos.

A este *sequimos*, Amanda frunció las cejas; pero reflexionó en que á los instrumentos de una gran obra se les debia disimular el que hiriesen un pòco la mano, y prosiguió:

— Por nuestra conversacion me ha parecido advertir que no habla V. un frances muy puro; mas, no obstante, el estudio, y sobre todo la bella figura de V., suplirán esta falta.

Amanda, dicho esto, sacó del bolsillo de su suntuosa bata de seda un papel doblado, que extendió ante los ojos asombrados de Natalia.

Aquel pliego estaba en blanco, y sólo contenia al pié la firma del empresario del teatro de la Gaité.

— Aquí tiene V. una escritura en blanco, dijo la jóven, que la miraba sin poderse convencer de la verdad; llénela V. con las condiciones que guste, sin apartarse mucho de lo regular, y todas serán aceptadas; pero eso ha de ser aquí y ahora mismo.

— ¡Qué es lo que oigo! exclamó Natalia: ¡yo contratada, y en París! ¡será pòsible!

— Este papel dice que sí: con que, vamos, amiga mia, aquí hay tintero: llene V. este documento, pues el empresario va á venir á recoger la firma de usted.

Natalia tomó la pluma y llenó con muy mala letra y peor ortografía la escritura de ajuste: poníase en ella dos mil francos mensuales de sueldo, el dictado de primera actriz y dos beneficios libres.

Amanda tomó la escritura, la dobló sin mirarla y la guardó de nuevo en el sitio de donde la habia sacado, es decir, en el bolsillo de su vestido.

— Todo lo que V. exige aquí será puntualmente cumplido, dijo despues: no le resta otra cosa que hacer que esperar en su casa á que la avisen el dia que le toca ensayar.

— ¡Ah, señorita! exclamó Natalia; ¿cómo podré yo nunca agradecer á V.....

— Yo tengo el mayor placer en hacer todo el bien que puedo, dijo la jóven, que en su vida habia hecho más que mucho mal: y dígame V., añadió despues de una pausa, ¿es agradable la vida doméstica de V.? ¿tienen ustedes trato, relaciones..... tertulia?.....

— No, respondió Natalia; vivo casi sola y muy triste, porque Julia es insociable y muy amiga del retiro.

— Siendo ella así como V., jóvenes y bonitas, es extraño que no las visite algun jóven... ¡Ah! y á propósito: debe ser amigo de ustedes un primo mio, artista tambien...

— ¿Artista?

— Sí, pintor, que acaba de llegar de Roma: se llama Rafael.....

— No conozco á ese caballero.

— Yo creí que habia acompañado á su hermana de usted desde aquí á su casa ayer mañana..... se puso algo indispueta..... se me figuró que la conocia.....

— ¡Ah, sí! respondió Natalia reflexionando: la volver en un coche con un joven.

— Ese joven es mi prometido.

Natalia fijó sus penetrantes ojos en el anguloso y desagradable rostro de su protectora para convencerse de que podía tener novio, y le asaltó, al verle, una terrible gana de reír; pero, más bien que la prudencia ó la gratitud, la contuvo el temor de enojarla y de perder por su culpa tan rico filón.

Resolvió, sin embargo, sacar el partido posible de aquella circunstancia en contra de Julia, á quien detestaba, y dijo por fin á Amanda:

— Señorita, V. merece todo mi reconocimiento, y debo advertirle que, si ama á su primo, esté muy alerta.

— ¡Cómo! ¿qué quiere V. decir? exclamó Amanda fingiendo un asombro extremado, como si ella misma no hubiera provocado aquellas palabras.

— Digo que no sería extraño que Julia le robase á usted, no el amor de su primo, porque esto no puede ser, valiendo V. mucho más que ella, sino algo de su atención.

Sonrióse Amanda con amargura al escuchar aquellas palabras llenas de tan baja y odiosa adulación; pero Natalia, que era poco inteligente, tomó aquella sonrisa por un signo de aprobación, y prosiguió con tono confidencial y lleno de importancia:

— Hay entre los artistas cierta cosa que ellos llaman simpatía, y que los une con lazos muy fuertes: yo lo he visto en mi carrera muchas veces; en ella empezamos por sernos simpáticos y acabamos por hacernos amigos, muy amigos.....

— Ya comprendo, interrumpió Amanda, quien, aunque étnica y perversa, había recibido una esmerada educación y no quería prestarse á las confidencias de la actriz.

— Pues bien, señorita, lo mismo y más debe suceder á los pintores: es muy fácil que uno dé algunas pinceladas en un cuadro que pinta su amiga, y que le estreche la mano: es muy fácil que sus cabellos se toquen.....

— Sí, sí, ya entiendo, volvió á interrumpir Amanda, que con gran sorpresa suya sentía desgarrarse su corazón con aquella vergonzosa pintura: luego, y haciendo un violento esfuerzo para serenarse, prosiguió:

— Querida amiga, yo amo á mi primo.

— ¡Oh, señorita! nada tiene de particular, porque es un hermoso joven, elegante y.....

— Como V. podrá comprender muy bien, deseo á toda costa evitar que me arrebatén su amor.

— Nada es más justo.

— Y como veo que V. tiene razón en cuanto á las simpatías de los artistas, quisiera merecer de su bondad que me avise cuando Rafael vaya á su casa.

— Lo haré sin falta.

— ¿Me lo promete V.?

— No entrará en casa una sola vez, sin que usted lo sepa.

— Está muy bien: por mi parte, le aseguro que no seré ingrata á lo que haga V. en obsequio mio.

— ¡Oh, señorita, ¡y cuánto no debo yo á V.! ¡ajustada en la Gaité! ¡actriz en París! ¡si me parece un sueño deslumbrador! ¡oh, mándeme V. rodar; todo lo que quiera; soy su esclava!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YES"
MONTERREY, MEXICO

— Eso no vale nada, querida mia : el empresario es amigo, y poco me costará conseguir que le aumente el sueldo que V. se haya puesto, sea el que quiera; ahora, á pasar la vida lo más alegremente posible : para alcanzar celebridad una actriz, para disponer de la prensa, debe dar comidas á los periodistas y deliciosos tés, debe vestir con fausto.....

— ¡ Ah! ¿conque es V. de mi opinion?

— ¿ En cuanto á la ostentacion? ¿quién lo duda? ¡eso es lo que hace los buenos casamientos! ¡eso es lo que consigue una boda brillante con algun título ó príncipe extranjero!

— ¡Es verdad; algunas actrices se han casado con príncipes!

— En el día, una mujer del teatro brilla y atrae como una estrella.

El semblante de la nueva actriz se trasfiguró, inundándose de una orgullosa alegría : ¡ ella, que á los veinte y ocho años no habia logrado tener un solo novio! ¡ ella, que no habia sido amada por nadie, verse en la posibilidad de ser deseada, festejada, adulada! ¡ oh, habia para volverse loca de placer! Era el sueño del miserable que jamas ha tenido pan y que se ve de repente rico y poderoso!

Amanda, con su infernal perspicacia, leyó como en un libro abierto en aquella alma innoble y vulgar, y se dijo :

— Hé aquí un instrumento ciego para mis planes ó para mi venganza : esta mujer será mia en cuerpo y alma, por la vanidad y por el dinero.

Luégo, alzando la voz y dirigiéndose á Natalia, prosiguió :

— Amiga mia, es preciso que me separe de V., porque mi padre está enfermo y tengo que ir á su lado.

— ¡ Ah! ¿ está enfermo su señor padre de V.?

— Sí, desde anoche : es un ataque cerebral, que nos tiene con cuidado.

— Entónces, voy á dejar á V., despues de repetirle mi eterna gratitud.

— ¿ No olvidará V. sus promesas?

— No, señorita.

— ¡ Son dos!

— Ya lo sé; encargaré á mi hermano que venga á ponerse á las órdenes de V., y avisaré á V. cuantas veces vaya á casa su primo.

— ¡ Eso es! Adios, amiga mia.

— ¡ Ah, señorita! exclamó Natalia volviendo desde la puerta, me olvidaba de una cosa.

— Y bien..... dijo Amanda, que ya se iba incomodando.

— Si yo te sirvo, lo has de pagar caro, dijo la actriz mentalmente, porque ahora, que veo tan de cerca á la fortuna, no he de soltarla : luégo añadió en voz alta y como avergonzada :

— Tengo una hermana.....

— ¿ Una hermana?

— Sí, señorita : una niña de catorce años..... viva, espiritual.

— ¿ Y qué quiere V. para ella?

— ¡ Si pudiera conseguir que la ajustasen tambien en el teatro!.....

— ¡Cómo! ¿quiere V. hacerla actriz también?

— ¿Y por qué no? ¡ya que es V. tan buena, y el empresario su amigo! La pobrecita no tiene otro amparo que yo.

— No puedo molestar tanto á mi amigo el empresario, dijo Amanda: ya hablaremos respecto á su colocacion otro dia: hoy me esperan.

— Adios, pues, señorita.

— Cuidado con mis encargos.

— No los olvidaré.

— ¡Oh, qué pesadez! exclamó Amanda irritada, así que la actriz hubo salido: estas gentes son insoportables; pero no hay más remedio que sufrirlas cuando son tan precisas.

VII.

EL ÁNGEL SE HACE MUJER.

Natalia, despues de salir de casa de Amanda, se dirigió á la de una de sus amigas, para darla parte de su buena fortuna.

Despues de almorzar juntas y de celebrar con excelentes vinos la buena fortuna de Natalia, salieron á paseo: aquella amiga era una mujer de vida problemática, que bebia, jugaba, juraba y fumaba cuando lo exigia la ocasion.

Diego, egoista y devorado por el juego y por la envidia, nada sabía de las amistades de su hermana, que obraba completamente segun su albedrío.

Ya eran cerca de las nueve cuando aquélla volvió á su casa: hacía poco rato que habian llegado á ella Julia y Adelina despues de comer en la fonda.

Natalia fué á la cocina, encendió una vela y entró en su cuarto para dejar su sombrero y sus guantes y pasar al instante á la habitacion de Julia, con objeto de provocar una de las escenas de descaro y osadía por parte suya, y de dolor y de desesperacion por parte de Julia, que huia de ellas todo lo posible.

Pero aún no había empezado á despojarse de sus galas, cuando llamaron á la puerta de su cuarto.

— Entra, dijo, creyendo que era Adelina.

La puerta se abrió, y Julia apareció á sus ojos.

— ¡Ah! ¿eres tú? dijo Natalia con negligencia: me alegro, porque ahora iba á tu cuarto.

— Yo también me alegro, á mi vez, de haberte ahorrado ese trabajo: te esperaba, porque quiero tener contigo una explicación, y después irme á acostar.

Julia, al decir estas palabras, se sentó en un sillón.

Natalia la miró asombrada.

Había en el acento de la joven una firmeza que contrastaba singularmente con su timidez habitual.

Y, sin embargo, al mirar su lindo rostro enflaquecido por las penas y las privaciones, la sorpresa de Natalia fué mucho mayor.

Las suaves facciones de Julia aparecían revestidas de una singular gravedad; su frente estaba serena; sus ojos brillaban; su acento era reposado y firme.

— ¿Qué cosa tan grande es la que vas á decirme? preguntó la actriz con tono zumbón.

— Siéntate y escucha, respondió Julia.

Natalia, impresionada á pesar suyo por aquel tono tan desusado en la joven, se sentó enfrente de ella. Julia alzó al cielo los ojos para rogarle que le conservase su valor, y luego los bajó sobre la vulgar fisonomía de la hermana de su esposo.

— Natalia, le dijo, desde hoy he decidido que mi vida cambie, y quiero ser ama de mi casa.

— ¿Y quién te priva de que lo seas?

— Ten paciencia y escucha, pues no trato de discutir contigo, sino de expresarte mi voluntad: he decidido ser ama de mi casa, y esto indica que quiero tener casa; y como mi marido no se cuida de que la tenga, ni quiere tenerla él, he decidido trabajar para lograrlo, porque es un deseo muy justo.

— ¿Vas á trabajar? ¿y en qué? ¿quieres ponerte á bordadora?

— No: trabajaré en mi arte.

— ¿Vas á pintar?

— Sí.

— ¡Pero si Diego no quiere!

— No importa.

— ¿No sabes que te lo ha prohibido?

— No importa.

— ¡Dice que lo haces muy mal!

— No importa.

— ¡Que te pones en ridículo!

— No importa.

— ¿Estás, pues, decidida?

— Completamente.

— ¿Te rebelas contra su autoridad?

— Sí.

— ¿Y cuando empiezas á pintar?

— Ya he empezado.

— ¿Y crees ganar bastante para vivir á tu gusto?

— Con sobras.

— Pues te engañas, repuso la actriz, que se complacía en atormentar á Julia; ya sabes que él cobra tus trabajos.

- No cobrará los que haga desde hoy en adelante.
- ¿Que no?
- No.
- ¿Y cómo lo evitarás?
- Cobrándolos yo adelantados, como he hecho con el que me ocupa.
- ¡Cómo! ¡lo has cobrado ya!
- Sí.
- ¡Qué iniquidad! exclamó Natalia con las mejillas encarnadas de furor; ¡yo estoy sin un cuarto! ¡Diego está lo mismo! ¡Adelina no ha comido!
- Te equivocas; ha comido, y muy bien.
- ¿Cuándo?
- Hace una hora, conmigo.
- Pero ¿dónde, si hasta la criada nos ha dejado porque no había dinero?
- Pero hay fondas.
- ¿Y has tenido atrevimiento de irte á la fonda sola con la niña?
- Sí, y el atrevimiento de comprar para ella y para mí algunas prendas nuevas.
- ¡Oh, pero eso es inaudito!
- Será lo que quieras; pero es la verdad: ahora déjame acabar, porque tengo mucho sueño: desde hoy en adelante he resuelto no mantener más que á mí misma y á esa niña infeliz, que nada sabe hacer; pero eso será hasta que ella sepa ganarse la vida.
- ¡Qué! ¿tambien quieres hacerla trabajar?
- Todos tenemos esa obligacion, y si no trabaja en ningun arte, trabajará al ménos en mi descanso, cuidan-

- do de la casa, haciendo labor y ocupándose, en una palabra, como debe hacerlo una jóven de su edad.
- ¡Ah, ya! ¿quieres hacerla tu doncella?
- No, quiero hacerla sólo la hermana de mi esposo y mi propia hermana.
- Sin embargo, debo decirte que no podrás llevar á cabo tu moral y doméstico pensamiento.
- Yo te digo que sí lo llevaré; y para continuarle, oye aún lo que voy á decirte.
- Veamos.
- Como en esta casa, que es de tu hermano; mia, porque soy su mujer; tuya, porque eres su hermana y no tienes otro amparo que él, y de Adelina, que está en el mismo caso: como en esta casa, digo, no hay más patrimonio ni más rentas que el trabajo, cada uno, y tú tambien, tiene la imprescindible necesidad de trabajar para contribuir á su sostenimiento.
- ¿De modo que tú quieres que trabaje yo tambien?
- No presumo yo que te harás cuenta de que siga yo manteniéndote y haciendo tú la dama millonaria.
- Mi hermano tiene la obligacion de atender á mi subsistencia.
- No hay tal cosa; y si es que él ha reconocido en algun tiempo esa obligacion, hoy se desentiende de ella por completo.
- ¿Quién lo ha dicho?
- Su modo de obrar: ¿no ves su vida? ¿no ves que no viene á comer á casa, ni se acuerda de que tres pobres y desvalidas mujeres pueden morir aquí de hambre? ¿no sabes que ni á tí ni á mí nos da ningun dinero? Na-

talia, prosiguió Julia, cuyos ojos se habian llenado de lágrimas y cuyo acento era tembloroso al evocar tan crueles memorias, no creas mi resolucion arbitraria ó fuera de razon : es dictada por la necesidad..... Debemos vivir, porque Dios lo manda así.

—Querida mia, repuso la actriz con insolencia, ya sé que debemos vivir, y por lo mismo viviré, pero sola.

—¡Cómo! ¡te separas de nosotros!

—Sí: he firmado una escritura de ajuste en la Gaité: viviré sola y á mi antojo.

—Eres dueña de tu voluntad, repuso la artista: tienes veinte y ocho años y puedes hacer tu gusto.

—Por lo mismo, ya no dormiremos aquí mañana ni Adelina ni yo.

—¡Cómo! ¿te llevas á la niña?

—Sí: para servirte á tí de doncella, quiero que me sirva á mí.

—¡Servirme á mí! murmuró Julia, aterrada ante la idea de su próxima soledad: y dejándose dominar de nuevo por su humilde carácter y su suave ingenuidad, añadió:

—Yo no la quiero para que me sirva, sino para que me haga compañía.

—Para lo mismo exactamente la quiero yo.

—Tú vas á emprender una carrera en la que jamas te han de faltar distracciones..... tal vez tendrás triunfos que te harán brillar.

—¡Tal vez! respondió Natalia con ironía: al templo de la gloria conducen muchas sendas.

—¡Oh, sí! y quizá es la tuya mucho más fácil que la

que yo sigo, murmuró Julia tristemente: tus triunfos serán más ruidosos: para que yo alcance algunos necesito quitarme mucha vida; pero en cuanto á llevarte á la niña, no lo harás.

—Sí lo haré.

—¡Es imposible!

—¿Por qué? Más imposible pensaba yo que fuese el que me dijeras que me tenía yo que mantener por mi propia.

—Pues ¿no ves que el que debia cuidar de todos nos abandona? exclamó Julia dolorosamente.

Natalia no pudo responder. Diego apareció en la puerta.